

## LUZÁN Y LA ILUSTRACIÓN

JOSÉ CHECA BELTRÁN

Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (CSIC. Madrid)

Han sido muchas las discusiones sobre la existencia en la España del siglo XVIII de un verdadero movimiento ilustrado: algunos lo niegan, otros lo reconocen solo en la segunda mitad del siglo, otros hablan de “Ilustración cristiana” y muchos sostienen la timidez intelectual de nuestros ilustrados dieciochescos.

Se trata de un debate que solo tendría sentido si previamente se fijan con precisión los diferentes rasgos definitorios del pensamiento ilustrado y se comparan con el pensamiento individual de cada autor. Naturalmente, no seré yo quien se atreva a enumerar en una breve comunicación esos rasgos definitorios, que, por otra parte, todos conocemos aproximadamente. Mi objetivo es mucho más modesto: la relación con el pensamiento ilustrado de Ignacio de Luzán, un autor que murió en 1754 y que, por tanto, escribió casi toda su obra en la primera mitad del siglo XVIII; un autor estudiado y conocido, sobre todo, por su producción literaria y teórico-literaria, y cuya relación con la Ilustración no ha sido analizada de manera monográfica<sup>1</sup>. Su encuadramiento, o no, en el movimiento ilustrado añadiría un dato más acerca de la situación de este en la España de mediados del siglo XVIII. Veamos, así pues, cuál fue la posición de Luzán en relación con determinados rasgos conformadores de la Ilustración.

---

(1) Naturalmente, cualquier estudio sobre Luzán hace referencias a su actitud reformista (por ejemplo los análisis de Guillermo Carnero, Rinaldo Froidi, etc.), pero no examinan específicamente y en su conjunto su condición de ilustrado.

## Cosmopolita

Para empezar, Luzán siempre demostró poseer una actitud cosmopolita. El aislacionismo español durante la época de los últimos Austrias había ocasionado serios perjuicios a la cultura española, y precisamente en los años en que Luzán escribía el debate político y cultural dirimía la conveniencia de abrirse al exterior. Reformistas y tradicionalistas discrepaban sobre el beneficio de las traducciones y sobre la actitud que, en general, había que mantener respecto de lo extranjero. Luzán escribió a este propósito en la *Carta latina de Ignacio Philaletes*: “Nadie me gana en lo de estar libre de toda preocupación contra los extranjeros” (LUZÁN, 1737: 12).

Para los tradicionalistas, reconocer que los modelos culturales, científicos o políticos residían en un país extraño significaba una prueba de antipatriotismo, y esta era la acusación que solían lanzar contra quienes veían en Francia un modelo a imitar. Luzán, en el extremo contrario, encontraba en Francia el paradigma al que España debía acudir si deseaba salir de su letargo e incorporarse a la cultura europea; decía así en las *Memorias Literarias de París*:

“No creo adular a una Nación, ni agraviar a las demás, si digo que París es el centro de las Ciencias y Artes, de las Bellas Letras, de la erudición, de la delicadeza y del buen gusto [...] Y siempre que en cualquiera otra parte se echen los mismos cimientos, se pongan los mismos medios y concurren las mismas causas se conseguirán los mismos progresos y las mismas ventajas” (1751: 2-3).

Naturalmente, quien se permitía una opinión de este tipo debía dejar constancia explícita de que ello no significaba ningún menosprecio de la patria y, por tanto, no era señal de antipatriotismo; de ahí que, en este caso, Luzán se curase en salud añadiendo que con este pensamiento no agravaba a ninguna nación distinta de Francia.

En esta línea, y a propósito de los estudios universitarios en París, Luzán se lamenta de la decadencia española frente al auge de los estudios en Francia:

“así van dando vuelta las cosas del mundo; y los españoles, que ducientos años ha iban a enseñar a los franceses las Matemáticas y las Lenguas Eruditas, se verán tal vez necesitados de ir a aprender a París” (1751: 197).

## Lo viejo y lo nuevo

Pero la esencia del debate entre el pensamiento ilustrado y el pensamiento tradicionalista se hallaba entonces, al igual que en cualquier otro momento histórico, en la confrontación entre lo viejo y lo nuevo. En efecto, la discusión sobre la conveniencia o no de las novedades debería ser uno de los elementos que nos proporcionara las mejores pistas acerca del carácter ilustrado de Luzán. No es necesario extenderse sobre el significado que la novedad poseía en una sociedad tan anclada en la tradición como era la sociedad española de principios y mediados del XVIII, heredera de una concepción política, filosófica y religiosa poco proclive a los cambios, considerados mayoritariamente como peligrosos (recordemos la marginación que hubieron de sufrir en el cambio de siglo los llamados “novatores”). Con la llegada de los Borbones se perciben signos de cambio político, de transgresión del orden “austriaco”. La batalla entre reformistas y continuistas se desarrolló en el campo político y en todos los ámbitos de la cultura, de ahí que también en las obras teórico-literarias de Luzán se adviertan huellas de dicho debate.

Los comienzos de esta discusión en España obedecen al deseo de los reformistas de acercamiento a Europa, al deseo de abandonar esa periferia política y literaria en la que se hallaba España, y acercarse a la capital del momento, París. En Europa se criticaba a España por su atraso y su aislamiento, por su anacrónica adscripción al escolasticismo, en contraposición a una Europa empirista y librepensadora, mientras que en el ámbito literario es objeto de burla por su literatura barroca. París fue una referencia para todos: para unos fue un modelo positivo y para otros un modelo negativo. A veces los modelos negativos son tan importantes como los positivos en la conformación de una identidad.

Para Luzán, el pensamiento literario francés era un modelo positivo, de ahí su reivindicación del clasicismo: si nos situamos en las primeras décadas del XVIII, el neoclasicismo constituía una novedad frente a los más de 100 años de tradición barroca que entonces vivía España. Por otra parte, lo nuevo es lo que procede del centro literario, Francia en aquellos momentos, mientras que lo viejo se localiza en la periferia; lo nuevo es la moda, y la moda era París.

Con la redacción de su *Poética*, Luzán es consciente –al menos así lo piensa él– de que está iniciando un trabajo nuevo, que nadie había realizado hasta entonces en España: “en las grandes empresas, aunque el éxito no sea feliz, sirve de galardón la gloria de haberse atrevido. Para mí bastará la de haber abierto camino” (1737: 128). Pero en la *Poética* hay algo más que opiniones literarias: en los preliminares y, concretamente, en las páginas tituladas *Al lector* Luzán demuestra su desprejuiciada adhesión a la novedad, aunque una vez más tenga que guardarse las espaldas ante los previsibles anatemizadores de la novedad.

Curiosamente, en este prólogo de la *Poética* Luzán se refiere ya a las primeras repercusiones del texto manuscrito de esta obra:

“habiendo entreoído, aun antes de acabar la impresión, no sé qué voces que, o me imputan lo que no digo o me trastruecan mis proposiciones, de modo que las desconozco yo mismo, he querido que estés prevenido por lo que, sin duda, oirás decir a otros, y por lo que te dirán tal vez a ti mismo tus propias preocupaciones”.

Luzán se defiende, así, anticipadamente de esas primeras lecturas que se están haciendo –o que él prevé que se van a hacer– de su libro, lecturas interesadas que podrían perjudicarlo porque parece que interpretan a Luzán como un introductor de novedades, acusación bastante grave por lo que se desprende de la importancia que el propio Luzán le concede:

“Y primeramente te advierto que no desestimes como novedades las reglas y opiniones que en este tratado propongo; porque, aunque quizás te lo parecerán, por lo que tienen de diversas y contrarias a lo que el vulgo comúnmente ha juzgado y practicado hasta ahora, te aseguro que nada tienen menos que eso; pues ha dos mil años que estas mismas reglas, a lo menos en todo lo substancial y fundamental, ya estaban escritas por Aristóteles, y luego, sucesivamente, epilogadas por Horacio, comentadas por muchos sabios y eruditos varones, divulgadas entre todas las naciones cultas y, generalmente, aprobadas y seguidas. Mira si tendrás razón para decir que son opiniones nuevas las que peinan tantas canas” (1737: 97).

Luzán está aludiendo a ciertas opiniones suyas contrarias al gusto barroco, en las que salen malparados algunos autores españoles del

siglo XVII (Góngora, Lope, Calderón, etc.). En el fondo late la acusación de novedad y también la de antipatriotismo.

Pero una vez que Luzán –para defenderse de los previsibles ataques– ha explicado que sus opiniones no son nuevas sino muy antiguas, y una vez que ha llamado en su ayuda a ciertas autoridades, recursos estos poco ilustrados, continúa su defensa recurriendo a dos nuevos argumentos, estos sí, ilustrados: la razón y la defensa de la novedad. Afirma que sus ideas proceden de la razón: me resultaría

“muy fácil de probar que todo lo que se funda en razón es tan antiguo como la razón misma y, siendo esta hija del discurso humano, vendrá a ser con poca distancia su coetánea”.

Pero lo más avanzado de todo lo que escribe Luzán en estas páginas preliminares es su defensa de la novedad:

“Fuera desto, ¿qué importa que una opinión sea nueva, como sea verdadera? ¿Aprobaríamos por ventura la terquedad de aquellos que hubiesen continuado hasta ahora el bruto manjar de silvestres bellotas despreciando el noble alimento del pan, por parecerles novedad el uso de él? Bueno fuera que desecháramos el oro de Indias porque viene de un Nuevo Mundo, y que por la misma antipatía a las novedades, hubiese aún quien cerrara los ojos por no ver la circulación de la sangre o las tubas falopianas, o los vasos lácteos u otros descubrimientos utilísimos para la física y para las matemáticas” (1737: 97-98).

En resumidas cuentas, entendemos que Luzán recurre a un primer argumento “antiguo” –defender la antigüedad de sus ideas y su procedencia de las “autoridades”- y a dos argumentos “nuevos”, el recurso a la razón y la defensa de la novedad. Entendemos, igualmente, que ese primer argumento “antiguo” era imprescindible en unos años en que, como hemos dicho, las novedades eran peligrosas. Recordemos, además, que Luzán se inscribe en una tradición basada esencialmente en el principio de autoridad, que él corrige subrayando el uso de la razón y de lo nuevo. Debemos interpretar que Luzán utiliza el recurso a la autoridad solo para dar fuerza a unas opiniones que ha adquirido a través de la razón: él sabe que las autoridades no siempre tienen razón, y lo demuestra poniéndolas en tela de juicio repetidamente a lo largo de sus obras.

## Progresos del siglo

En consonancia con esta actitud ilustrada de defensa de la novedad, Luzán se manifiesta en repetidas ocasiones entusiasmado ante los inventos y los progresos del siglo que le tocó vivir:

“Las ciencias y las Artes están hoy tocando casi a su perfección, mil descubrimientos, mil inventos, mil machinas, mil nuevos métodos allanan todas las dificultades y facilitan los estudios: En todas partes, en todas lenguas se habla, se escribe científicamente: el Templo de la Sabiduría es ya accesible a todos: una copia innumerable de Libros en todas materias no deja que desear a los que quieran instruirse. Academias, Universidades, Bibliotecas, Escuelas, Colegios, experiencias, viajes, premios, todo alienta, todo influye, todo se comunica; y esta comunicación, este comercio literario, ha producido en la República de las Letras tan exorbitantes riquezas...” (1751: 6-7).

Evidentemente, Luzán desea la prosperidad de su patria, para lo que se adhiere a lo moderno, comparando a veces la situación española y la francesa, con el fin de enmendar los yerros y el atraso de España. Así, explica y, a veces, compara con las españolas, ciertas instituciones francesas y cierto tipo de textos educativos, con el objetivo de extraer ideas que mejoren los textos y las instituciones españolas: así, las cartillas para enseñar las primeras letras, métodos para el aprendizaje de la escritura, “libros de educación”, gramáticas, academias francesas, universidades, escuelas, periódicos, bibliotecas, impresores, etc. Estas explicaciones dejan ver la admiración de Luzán por el mejor funcionamiento de todas estas cuestiones en Francia, que debería servir, a su juicio, como modelo para España.

En sus *Memorias literarias de París* subraya la preocupación existente en Francia para dar una buena educación a las mujeres, de manera que “es muy común en las mujeres de París el estar harto bien instruidas en la Geografía, en la Historia y aun en la Filosofía, y en las Matemáticas”. Enumera algunos libros muy útiles para las damas, las cuales asisten en París –dice– a clases de Física Experimental impartidas por el abate Mollet. Tras relacionar algunas obras escritas por mujeres, escribe:

“y salen cada día nuevas obras que manifiestan cuán bien instruidas están en Francia, y especialmente en París, las mujeres. Y no dudo que igual instrucción produciría iguales efectos en otras partes de Europa” (1751: 47 y 50).

Significativos son sus elogios a la lengua francesa, a los libros franceses y al conocimiento que de su lengua tienen los franceses: “Generalmente se nota que en París el común de las gentes habla con muchísima propiedad”, gracias a la Academia Francesa y al “gran número de libros que han salido en esta lengua de un siglo a esta parte sobre todas las materias científicas y de todas las artes” (1751: 60).

Como manifestación de aquella ingenuidad ilustrada, Luzán defiende el progreso lineal en el curso de los tiempos. Así se manifiesta en su *Poética*: “si hacemos reflexión a la mudanza de las costumbres y a la diversidad de genios [...], cuanto más nos alejáramos hacia las primeras edades, hallaremos en todo menos arte y más sencillez”. Asimismo, el progreso de las artes y las ciencias es siempre positivo: “con la cultura de las artes y ciencias parece, por decirlo así, que toda la naturaleza se desbasta y se labra, y ostenta en todo más aliño y aseo” (1737: 155).

### **Despotismo ilustrado: la felicidad**

Como buen defensor del despotismo ilustrado y como buen conocedor de la importancia de las instituciones en el desarrollo de los pueblos, las ciencias y las artes, sabe ver la gran importancia de la política de Estado:

“La gloria de levantar la poesía francesa a la perfección de que es capaz, no menos que a las demás Artes y Ciencias, estaba reservada a un gran Príncipe y a unos grandes ministros; a Luis XIV, a los cardenales Richelieu y Mazarinos, al gran Colbert, etc.” (1751: 70).

Ilustrado es asimismo su discurso sobre la felicidad y los beneficiosos efectos de las luces: ¿De qué sirve el estudio, de qué la erudición, de qué la sabiduría más sublime, si encerrada en sí misma no se extiende en beneficio de la sociedad humana, y no contribuye a la felicidad de los demás hombres? ¿Y a quién se debe esta felicidad en los Estados sino a la instrucción fecunda, a la ciencia y a las luces de los que mandan y de los que obedecen? (1751: 4-5).

Igualmente ilustrada es su confianza en las nuevas instituciones: en su *Oración gratulatoria a la Real Academia de la Historia*, Luzán

demuestra su entusiasmo y su fe en los organismos que están naciendo para dar esplendor y prosperidad a un país:

“Tiempo vendrá, Real Academia, [...], que este primer albor lleve a su mediodía y que estos cimientos crezcan [...], y los sabios de Europa harán tributarios sus estudios a esta Real Academia” (2007: 21).

Sebold subrayaba cómo en la *Oración gratulatoria* por su ingreso en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, de 1752, Luzán define cómo debe ser el buen ciudadano, un “buen hombre” que

“solo anhela que todos experimenten los efectos de su humanidad, que todos los imiten, y que se extienda a todas las naciones la buena fe, la policía, la cultura, la afabilidad, la generosidad y, finalmente, la verdadera felicidad humana, que pende de la práctica de las virtudes más sociables” (1737: 24).

Conocidos son sus elogios a la poesía épica, lírica y, sobre todo, dramática de Francia, así como sus elogios a Voltaire: Luzán se solidariza con el asunto de una de sus comedias, *Nanine*, muy criticada por intentar “probar la igualdad de todos los hombres, y que solo se deben distinguir por sus virtudes y por su mérito” (1751: 72-78). Es decir, para Luzán el valor moral de una persona se mide por sus acciones y no por su pertenencia a la nobleza.

## Filosofía y Ciencia

Partiendo de que el método científico propio de la Ilustración fue el inductivo de la filosofía empírica, frente al deductivismo cartesiano, perteneciente a una etapa anterior, Sebold explicó, con gran acierto, el eclecticismo filosófico de Luzán en su *Poética*, quien opera de manera deductiva, cartesiana, pero también inductivamente. La adhesión de Luzán al procedimiento deductivo podría desmentir su carácter ilustrado. Sin embargo, debe recordarse que un tratado de poética es esencialmente deductivo, parte siempre de unos principios generales, comunes, bien definidos, cuya aplicación determina las distintas opiniones sobre las obras y los autores literarios. Luzán hubo de adaptarse a ello, pero lo peculiar de nuestro autor es que, a pesar de este procedimiento deductivo propio de las poéticas, Luzán confiere a la suya



una dimensión inductiva poco común, dada la atención pormenorizada que dedica a las obras y autores particulares, de cuyo análisis también llega a principios generales. Es decir, Luzán aporta en su tratado de poética una dimensión inductiva donde en los dos últimos siglos había predominado un procedimiento deductivo. Ello se corresponde con sus palabras de adhesión al pensamiento de Locke: “el conocimiento de las cosas nos viene por los sentidos, debiendo pasar primero por este conducto todo lo que el entendimiento comprende” (1737: 34 y 39).

Pero es en el ámbito de la confrontación entre ciencias y letras donde descubrimos al Luzán más apegado a la tradición: por ejemplo, tras explicar en las *Memorias Literarias de París* que el estudio de la Filosofía se hace en París según la división en *Lógica*, *Física* y *Metafísica*, parece lamentarse de que allí se prima el estudio de la Física, que se “estudia muy bien”, pero muy pocos estudian la Lógica y la Metafísica. Parece lamentarse de que allí se lean poco Bacon, Leibnitz, Locke, Platón y Aristóteles, de ahí la falta de método y solidez en muchos de los textos franceses. Pero esto no le impide explicar con admiración los estudios de “Física” que se llevan a cabo en París:

“los más pequeños insectos, los casi imperceptibles pólipos, las aves, los peces, los metales, las plantas, los cadáveres, los elementos, los planetas, las estrellas, todo se escudriña, todo se averigua y todo se rinde a la constante porfía de los astrónomos, de los naturalistas, de los matemáticos, de los químicos, de los botánicos y de los anatómicos” (1751: 124 y 129).

Sin embargo, su fe en los avances de las disciplinas científicas es limitada: en la *Oración gratulatoria a la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona* subordina a las Letras ciencias como las Matemáticas, Medicina, Astronomía, Geometría, Física, etc. Quizás deberíamos atenuar el valor de esta opinión considerando el lugar y el público al que dirigía este discurso. La verdad es que su apología de las letras encierra un discurso plenamente ilustrado: tras reconocer que las ciencias “nos descubren y enseñan algunas cosas útiles para la vida”, estima que solo las “buenas letras hacen un buen ciudadano que, apto y dispuesto para recibir en sí todas las ciencias y artes [...] no solo entiende en su felicidad sino en la de los demás hombres: buen repúblico, ama y busca la prosperidad de su patria, el bien de su nación, buen vasallo, no respira sino para obedecer, para respetar y amar las leyes, los preceptos y la gloria de su rey” (2007: 324). Podría parecer que esa subordinación de

las ciencias a las letras es poco “ilustrada”, sin embargo esa definición del “buen ciudadano” como patriota, buen vasallo del rey, etc., es lo que marca el carácter ilustrado de este párrafo.

### **Pedagogismo ilustrado**

Como buen ilustrado, Luzán es partidario de una literatura educativa, una literatura que haga llegar de manera deleitosa a la gente ignorante los principios morales y religiosos que la élite dominante y culta considera oportunos; así hicieron los antiguos griegos –dice– y así debe hacerse en todo momento: para que “el rudo vulgo” sea capaz de comprender las “verdades más especulativas de la religión y de la moral” es necesario ataviar estas “con traje vistoso y rico”, con el fin de que así puedan ser comprendidas fácilmente (1737: 153).

En esta línea, considera que la literatura es potencialmente educativa para “todo género de artes y ciencias, directa o indirectamente”: el poeta debe instruir a sus lectores

“ya en la moral, con máximas y sentencias graves que siembra en sus versos; ya en la política, con los discursos de un ministro en una tragedia; ya en la milicia, con los razonamientos de un capitán en un poema épico; ya en la economía, con los avisos de un padre de familia en una comedia”, etc. (1737: 197).

Relaciona así los distintos géneros con la enseñanza de diferentes cuestiones.

### **Historia crítica (principios y práctica historiográficos)**

La historiografía ilustrada se distingue por excluir de sus fuentes documentales todo aquello que no haya sido contrastado empíricamente, eliminando así las numerosas fábulas que se daban por ciertas, y se distingue también de la historiografía anterior por la creciente importancia que concede al contexto histórico –social, político y económico– en que acontecen los hechos culturales; me estoy refiriendo al llamado “sentido histórico”. Luzán demuestra poseerlo en unos años muy tempranos; en las *Memorias Literarias de París* y refiriéndose a los autores franceses de tragedias dice, de manera muy innovadora para el año en que escribe, que

“no repararon que los asuntos que eran verosímiles en la antigua Atenas y en la antigua Roma, son ahora totalmente inverosímiles en París y en todas partes. Ya el pueblo no cree en oráculos, ni en la cólera de los falsos dioses, ni en los manes, que quieren ser aplacados; ni se tiene por virtud heroica el vengarlos y aplacarlos con la sangre de sus agresores, ni la Historia fabulosa de los tiempos oscuros y heroicos puede hallar crédito en el auditorio presente. De aquí nace que, por más que se esfuerce el poeta, la impropiedad y la inverosimilitud del asunto hace inútiles todos sus esfuerzos, y hace caer con su natural peso la tragedia cimentada en falso” (1751: 86).

Algo similar sucede cuando Luzán debe pronunciarse sobre la universalidad del gusto: a pesar de defender una poética única para todas las naciones y tiempos –tal y como era preceptivo defender en un tratado de poética-, es muy significativo que su discurso sobre esta cuestión incorpore opiniones en las que, con indudable sentido histórico, matiza ese universalismo clasicista; dice así en la *Poética*:

“El clima, las costumbres, los estudios, los genios influyen de ordinario hasta en los escritos y diversifican las obras y el estilo de una nación de los de otra” (1737: 147).

Además, Luzán sabe relacionar el progreso de las letras de un país con su progreso general; no olvida la importancia del contexto histórico en la historia cultural de ese país; en la *Oración gratulatoria a la Academia de Buenas Letras de Barcelona* escribe:

“Yo no dudaré en pronunciar que si las Letras piden ya establecido un imperio para echar en él sus raíces, crecer y dilatarse, el imperio establecido no puede conservarse ni levantarse a su mayor felicidad y grandeza sin que preceda a su elevación la de las Letras”.

Continúa explicando que el valor de una nación no depende del valor de sus habitantes cuando la fundaron asolando todo cuanto encontraron a su paso, ni tampoco a la ambición de un conquistador que destruyó ciudades y vertió arroyos de sangre humana para reinar sobre las ruinas causadas por sus ejércitos, sino que

“la sólida grandeza de una monarquía, su verdadera felicidad y la de sus vasallos, que es una misma, se deberá principalmente a las Letras [que] componen, suavizan y mudan las costumbres de las naciones, enseñando policía [urbanidad], cultura, sociedad y humanidad a los mismos hombres” (2007: 320).

Es evidente que el pensamiento historiográfico de Luzán se enmarca en el canon ilustrado, en la llamada “buena Crítica”: en el *Discurso apologético de Don Iñigo de Lanuza* manifiesta que “no hay cosa que más contribuya a inquirir la verdad como la buena Crítica: al calor activo de sus rayos se acrisolan las ciencias y artes” (1741: 4-5). En *Origen y patria de los godos* precisa cómo debe ser esa buena crítica:

“Cuando se ha de averiguar y establecer algún punto de historia, el primer paso que nos manda dar la buena crítica es acudir a las fuentes, a los autores más antiguos, coetáneos o inmediatos [de los hechos], y será desvarío en el sentir de los críticos más cuerdos el querer preferir las conjeturas de uno a las pruebas claras de otro; la autoridad de quien solo habla de paso y sin el debido examen a la de quien escribe muy de intento y distantemente [...]” (2007: 91).

Por otra parte, en su *Disertación sobre Ataulfo* insiste en que solo “la crítica” puede “discernir entre tanta variedad lo cierto de lo incierto, lo verdadero de lo falso, lo más probable de lo menos probable. Pero no basta cualquiera crítica [...]”. Es menester que la crítica sea prudente y pese “con una fiel balanza fundamentos, razones, autoridades y conjeturas” (2007: 256).

Ese pensamiento histórico ilustrado es defendido por Álvaro Soler y Guillermo Carnero, autores del “Estudio Preliminar” a las *Conjeturas sobre la espada hallada en Peñafiel*. Dicen a propósito de los métodos de estudio de Luzán: “Como espíritu ilustrado [Luzán] se interesa por el empleo de una metodología adecuada, en consonancia con su preocupación por cuestiones teóricas que atañen a la actividad historiográfica”. Se refieren a la búsqueda de datos, la exactitud documental y el análisis formal y estilístico en sus *Conjeturas*. Finalizan los autores de este “Estudio Preliminar” reivindicando los principios críticos de Luzán, quien defiende la necesidad de disponer de datos y la depuración en la búsqueda de la verdad, inquietudes propias de los historiadores ilustrados, “en contraposición a la historiografía barroca” (2007: 39-40). En efecto, Luzán es muy consciente de la diferencia entre “conjeturas” (palabra con la que, intencionadamente, da título a este discurso) y demostraciones: “Estas conjeturas, que tumultuariamente he puesto en el papel esta mañana, necesitan de apoyos y fundamentos, y para hallarlos necesito yo de tiempo y de revolver libros” (2007: 45). En *Origen y patria de los godos* establece una tipología más elaborada

sobre la investigación histórica distinguiendo entre “sólidos fundamentos”, “razones claras y evidentes” y “probables conjeturas”, los tres pilares sobre los que ha basado su estudio sobre el origen de los godos (2007: 214).

Sin embargo, si en su pensamiento crítico Luzán es claramente ilustrado, su actividad investigadora no es, a veces, lo suficientemente rigurosa como para merecer encuadrarse en la historiografía ilustrada. Así sucede al menos en algunos de sus trabajos, donde se adhiere a algunas fuentes documentales a pesar de sus incoherencias, cita fuentes primarias sin haberlas consultado, o no toma en consideración fuentes imprescindibles, etc. (2007: 76-80, 252). A propósito de la *Oración gratulatoria a la Real Academia de la Historia*, Guillermo Carnero duda de la modernidad de Luzán en el ejercicio de la historia crítica cuando censura a los historiadores (a Tácito sobre todo) que denuncian el poder absoluto. Escribe Carnero: “Diríase que la Historia crítica es para Luzán inadmisibles por cuestionar el ejercicio ilimitado del poder monárquico o las supuestamente inescrutables e incuestionables exigencias de la razón de Estado” (2007: XV). Efectivamente, el límite en su pensamiento histórico reside en la imposibilidad de escribir una Historia crítica con la monarquía, con el poder. Los tiempos que corrían y sus ambiciones personales no lo permitían.

Así pues, Luzán posee un pensamiento historiográfico claramente ilustrado. En cuanto a su labor como historiador, existen evidencias de, por una parte, su escrupulosidad a la hora de buscar y manejar los datos científicos necesarios en sus investigaciones, evitando los documentos que tienen “visos de fábulas y de cuentos vulgares” (2007: 141) y, por otra parte, su escaso rigor en algunas ocasiones.

## Conclusiones

En definitiva, Luzán vivió en tiempos de crisis, entre dos épocas, lo que justificaría su eclecticismo filosófico, sus inseguridades historiográficas, etc. Pero es precisamente su pertenencia a una época de transición la que lo define como un hombre renovador, progresista, ilustrado, que tiende a lo nuevo, y que si todavía se manifiesta prudente o silencioso en algunos puntos (monarquía y religión) es quizás debido al peso de la tradición, por una parte, y, sobre todo, al peso de la cen-

sura en una época en la que nadie podía manifestarse libremente sobre algunas cuestiones. Sin embargo, muchas de sus opiniones demuestran, como hemos visto, su adhesión a lo nuevo, a los cambios, a las impares reformas de la Ilustración.

## Bibliografía

- LUZÁN, Ignacio de, [1737], *La poética, o Reglas de la Poesía en general, y de sus principales especies*, Zaragoza, Francisco Revilla (Cito por la ed. de Russell P. Sebold, Barcelona, Labor, 1977).
- , [1741], *Discurso apologético de Don Iñigo de Lanuza*, Pamplona, Joseph Joachin Martínez.
- , [1751], *Memorias literarias de París*, Madrid, Gabriel Ramírez.
- , [1990], ed. de Guillermo Carnero, *Obras raras y desconocidas. I. Traducción de los epigramas latinos de C. Weigel. Carta Latina de Ignacio Philalethes. Plan de una Academia de Ciencias y Artes. Informe sobre Casas de Moneda. Informe sobre las Cartas de Van Hoey*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- , [2007], ed. de Guillermo Carnero, *Obras raras y desconocidas. III. Luzán y las academias. Obra historiográfica, lingüística y varia*, Zaragoza, Larumbre.